Imprimir

En la política nacional, obediencia e imitación son las formas comunes de la subordinación, y se practican de distinta manera.
El obediente ha renunciado a su autonomía para decidir y actuar libremente, porque no puede resistir el poder de quien lo somete. El imitador se sabe inferior, y espontáneamente acoge con gusto las formas de poder que lo hagan parecer semejante al modelo (*mímesis*). El obediente cumple su tarea forzado, porque ha renunciado a la resistencia; el imitador se ofrece para realizar la tarea sin que se le haya solicitado, ansioso de servir y ser compensado.

Obedecer e imitar es la negación de lo auténtico y de la autodeterminación.

Una nación y un pueblo no tienen voluntad, pero por ambos deciden sus gobernantes. La historia conoce a quienes luego de una larga lucha rindieron sus armas ante la supremacía del ejército afuera de las murallas, y también a los que rinden la ciudad seducidos por el sitiador. Quien lucha y quien no, es lo que hace la diferencia existencial e histórica entre un Blas de Leso y un José María Marroquín.

¿Qué es, entonces, lo que ha hecho el presidente De la Espriella en los primeros cien días de gobierno? ¿En qué lugar ha situado el país que el pasado 6 de junio “se tomó” manipulando la opinión del elector con el algoritmo?

Veremos.

En esta tierra colonizada se imitaron con entusiasmo ideas y sistemas de pensamiento provenientes de “allende los mares”. Sin los ecos de libertad, el derecho a luchar contra la tiranía, y la soberanía de las naciones, no habría cuajado en nuestras élites la idea de la independencia de los imperios europeos. Sin embargo, a la hora de configurar las repúblicas independientes, la dirigencia sustituyó los viejos ecos por las nuevas luces de la gran estrella del norte. Un reemplazo necesario y comprensible, por supuesto.

Porque si bien en la revolución de Filadelfia (1776) se conformó la confederación de las 13 colonias rebeldes, fue en su constitución de 1787 en la que por primera vez se diseñó un gobierno democrático en un lugar concreto, con las ideas filosóficas y políticas que habían sido imaginarios utópicos. En ella se dividió el poder en tres ramas – sin monarca –, como lo propuso Montesquieu en *El espíritu de las leyes* (1748). Y en las Enmiendas de 1791 consagraron los derechos de expresión, propiedad contra la confiscación, igualdad ante la ley, el libre porte de armas, la libertad religiosa y demás derechos que Bob Marlem nos recordó como *Bill of Rights*.

Eran ideas muy poderosas para ser ignoradas por quienes se hallaban en la misma epopeya independentista. Con toda razón, a imitación de Estados Unidos se configuraron la mayor parte de las constituciones americanas en los sucesivo, aunque con resultados políticos y sociales por debajo de su estándar. La mayor debilidad de todas ellas, provino del déficit militar para hacer efectiva “la soberanía” proclamada.

Nuestros problemas de soberanía datan de 1846, cuando el tratado Bidlack-Mallarino le concedió a Estados Unidos paso preferencial de comercio en el estado de Panamá (donde construían el ferrocarril), y se pactó que podían intervenir en caso de que se viese amenazada “la neutralidad del istmo” por potencias extranjeras. Es decir, se concibió a Panamá “neutral”, mientras Colombia (Nueva Granada) no lo era. Una absurda estupidez. Y las fuerzas de Washington no tardaron en actuar. Lo hicieron a solicitud del gobernador de Panamá en septiembre de 1848, con el desembarco de 160 soldados que se marcharon tres días después de calmarse la agitación entre santanderistas y bolivaristas por las elecciones en el estrecho. Gracias a la intervención disuasiva, los conservadores proclamaron la victoria en las urnas.

Así, con cincuenta años de antelación, el gobierno colombiano puso la alfombra para que USA interviniera en la guerra de los mil días en favor del bando conservador, al impedir el paso del ejército liberal que se dirigía de ciudad de Panamá a tomarse el fortín conservador de Colón, invocando la cláusula de neutralidad. La escisión panameña estaba a la vista. Es la historia que ahora intentan lapidar.

Nuestra dirigencia, por sumisión o por convicción, ha descollado por su vasallaje a Washington.

Destacan José M. Marroquín (1900-04), quien dijo con cínico desatino: No *sé de qué se quejan. Recibí un país y les devuelvo dos*; aludiendo a la separación de Panamá. Marco Fidel Suárez (1918-21), el modelo en mí escuela del pobre que llegó a presidente, formuló la doctrina para estrechar relaciones con USA (“*Réspice Polum”: Mirar hacia el Norte*); Mariano Ospina Pérez (1946-50) y Laureano Gómez (1950-53), cerraron filas con Washington en la guerra fría para derrotar a la URSS y el comunismo. Ospina rompió relaciones con la URSS, y Laureano envió el “Batallón Colombia” a la guerra de Corea: la única nación de américa latina que lo hizo. Una sumisión que Turbay Ayala repetiría en 1982, al declarar al país neutral en la guerra de Las Malvinas, negándose a apoyar a Argentina con la excusa de haber usado la fuerza en su reclamo. *“Colombia, el Caín de América”*, nos llamaron en esas pampas del sur continental.

“Arrodillados hacia el norte” por sumisión lambona ha sido por definición nuestra política internacional (*“Ad polum genua flectentes”*), me aconsejó la IA que debo decir, con el perdón de los jesuitas.

Y allí sigue, inmóvil, nuestra política exterior. Alberto Lleras, Guillermo L. Valencia, los Pastrana, Uribe y Duque, se esforzaron por hacer repetidos actos de fe en servir a la estrella del norte. Una línea de obsecuencia apenas desafiada por Alfonso López Pumarejo (en la coyuntura de la *Política del Buen Vecino* de Franklin D. Roosevelt), y Ernesto Samper, que con su doctrina de *“Réspice Similia*” (Mirar a los Semejantes), viró hacia el Sur Global.

La política exterior del gobierno De la Espriella trae a la vida a mi buen amigo Apolinar Díaz Callejas con su libro: *“Colombia-Estados Unidos: Entre la autonomía y la subordinación. De la independencia a Panamá”* (Planeta,1977). No conozco documento mejor.

Con De la Espriella, la política exterior colombiana hizo un giro inédito de vasallaje a Washington, como en campaña se advirtió por su nacionalidad norteamericana.

Se declaró orgulloso miembro del partido republicano, y seguidor del corpus ideológico y político del movimiento MAGA de Donald Trump, subordinando desde lo personal nuestra soberanía nacional, en lugar de poner a Colombia primero. Abelardo actúa aquí como si fuese parte de la administración de Estados Unidos de América, adoptando los mismos métodos de esa administración para garantizar que el relato histórico se depure de todo lo que el Trumpismo considera antinorteamericano. Y además de negar el genocidio en Gaza, vota contra Palestina en Naciones Unidas.

El zarpazo “libertario” en el Museo Nacional, es la punta del lápiz del proyecto con esencia Laureanista o fascista que se propone reescribir la historia, para ocultar sus fechorías contra la gente y con desmedro de la soberanía nacional. Por lo pronto, un juez los puso en su lugar.

Allí está la diferencia del presidente con sus predecesores más obsecuentes con Washington, pues él mismo encarna la obediencia y la imitación. Obedece con entusiasmo y sin presión amenazante de la Casa Blanca, y ofrece ansioso al ídolo extranjero los bienes más caros de nuestro país. Ya se revelará lo que esconde el acuerdo oculto que se llevó Marco Rubio sobre nuestros minerales esenciales y el uso del suelo patrio por las fuerzas del norte. De la Espriella, el sumiso, supera a Delcy Rodríguez en Venezuela, a quien Washington le dio la presidencia por cárcel.

Debajo del atavío de policía de *papier maché*, y de embetunado cruzado mariano, hay un extranjero gobernando su país de nacimiento.

Pero ahora, el futuro del presidente parece amenazado desde el mismo norte. Pues dudo que las nuevas mayorías demócratas que dejaron a su *sensei* en el sótano de cualquier opción futura en la Casa Blanca, le perdonen su intervención descarada en la política interna en favor de los republicanos, y no recuerden el origen oscuro de su riqueza en esa nación. Por lo pronto, *el presidente milagro* tendrá que bajar la voz, ante la catástrofe de sus mentores y la caída de los satélites libertarios. El genocida Netanyahu salió como pepa de guama del poder, Flávio Bolsonaro huyó y es “otro refugiado” en Miami, y su gemelo Santiago Peña fue destituido por ladrón.

¡Que distante ha quedado agosto para Abelardo! Haría bien en no ir por el momento a USA.

Álvaro Hernández V

Foto tomada de: France 24